

Exclusión, discurso moderno y desplazamiento

EXCLUSION, MODERN DISCOURSE AND DISPLACEMENT

Any form of organization, any system implies a constitutive exclusion. To organize means to group and to leave out of the group the elements that do not satisfy a certain condition, that which agglutinates the set. The classifying operation, thus, is a function derived from language. But in the life of the subject not everything in the structure belongs to the order of language. The structure of the subject includes the real of *jouissance*, unclassifiable to the extent in which it is unique and produced by a particular life story, so that the set of human beings can only be established by the fact that no two are alike. Therefore, so-called global organization entails the reinforcement of the tendency to racism towards particular forms of *jouissance*. The maximum danger of our times is the exclusion of the body: the attempt to dislocate and eliminate the other.

EXCLUSION, DISCOURS MODERNE ET DÉPLACEMENT

Toute forme d'organisation, tout système implique une exclusion constitutive. Organiser, c'est regrouper et rejeter les éléments qui ne présentent pas la condition qui rassemble le groupe. L'opération classificatrice est ensuite une fonction dérivée du langage. Mais dans la vie des sujets, tout dans la structure ne participe pas à l'ordre du langage.

La structure de l'individu comporte la réalité du plaisir, inclassifiable en tant qu'unique et produit dans une histoire singulière, de sorte que le groupe des sujets humains peut seulement se constituer autour de la caractéristique qu'il n'y a aucun égal à l'autre. D'où que la prétendue organisation globale comporte le renforcement de la tendance au racisme jusqu'à des formes de plaisirs particuliers. Le danger majeur de notre temps est l'exclusion dirigée au corps: tentatives d'évacuer et d'éliminer l'autre.

EXCLUSIÓN, DISCURSO MODERNO Y DESPLAZAMIENTO

Toda forma de organización, todo sistema implica una exclusión constitutiva. Organizar es agrupar y dejar fuera del grupo los elementos que no reúnen cierta condición, la que aglutina propiamente el conjunto. La operación clasificatoria es pues una función derivada del lenguaje. Pero en la vida de los sujetos no todo en la estructura pertenece al orden del lenguaje. La estructura del sujeto comporta lo real del goce, inclassificable en tanto único y producido en una historia singular, de suerte que el conjunto de los sujetos humanos sólo se puede constituir en torno a la característica de que no hay ninguno igual a otro. De allí que la pretendida organización global comporte el fortalecimiento de la tendencia al racismo hacia formas de goce particular. El peligro mayor de nuestro tiempo es la exclusión dirigida al cuerpo: los intentos de desalojar y eliminar al otro.

¹ Colette Soler, *El padre síntoma*, Medellín: Foros del Campo Lacaniano, 2001, pág. 21.



En sus elaboraciones de dos años atrás sobre “El síntoma como acontecimiento de cuerpo”, Colette Soler citaba a Lacan en la frase:

“La historia, en el sentido de ciencia histórica, no cuenta nada más que los éxodos”, y también: “Sólo participan de la historia los deportados”. Colette Soler comenta: “quiere decir que lo más serio de lo que pasa en la historia se ubica a nivel de los cuerpos y de los desplazamientos de los cuerpos. Por supuesto, deberíamos añadir: la supresión de los cuerpos en la historia tiene un papel bien grande, pero después de la supresión, la historia se acaba con estos cuerpos”¹.

Al pretender referirme a la exclusión como destierro, pensé sin duda en la actualidad nacional, donde dos millones de desplazados buscan un nuevo lugar de asentamiento. Colette Soler separa dos momentos: de un lado la exclusión de los cuerpos de su lugar de asentamiento, y del otro, la eliminación de los cuerpos.

La distinción inquieta ya al considerar que la exclusión es una operación ineludible en toda forma de organización, en tanto es el principio de cualquier clasificación, necesario para construir conjuntos. Según el diccionario, una acepción de *exclure* es *no admitir una cosa o persona con otra*, esto es, establecer cierto orden; pero también, es *el acto mediante el cual se echa algo del lugar que ya ocupaba*, lo que pasa a ser un desalojo. Finalmente: *descartar, rechazar o negar la posibilidad de alguna cosa*, es la acepción que implica la eliminación.

Son evidentes las diferencias entre excluir para designar que algo no está bien ubicado, como asignación de un lugar; excluir como imposibilidad de admitir la existencia de algo, es decir, como impensable, como negación; y finalmente, excluir como acción, como intento fáctico de eliminarlo. Remarquemos que cuando se niega la posibilidad de algo es porque ese algo ya existe.

En las diferentes acepciones del término "exclusión", la operación es efecto de lenguaje y desempeña funciones, tanto dentro de la estructuración de cada sujeto, como en la de las sociedades.

EXCLUSIÓN Y ORGANIZACIÓN

La imputación común que se le hace a Freud de no considerar lo social, no sólo se demuestra falsa por los múltiples escritos en los que él se propone definir lo colectivo y explorar los orígenes de la sociedad, sino que su teoría de un sujeto cuya libido lo estructura más allá de los límites de su propio organismo, refuta toda posible concepción del hombre como simple individuo.

Una de las coincidencias de interés entre elaboraciones de reconocido carácter social con los trabajos freudianos es la investigación marxista sobre el origen de la organización social humana; ella se remonta a las comunidades llamadas primitivas, de la misma manera que lo hace Freud en ese escrito suyo que Lacan consideraba el único mito moderno: *Totem y tabú*.

Sabemos que Engels² elabora la idea de que la primera forma de clasificación social del trabajo fue su división sexual: la separación (una forma de exclusión) entre las tareas asignadas a los hombres y a las mujeres. De allí surge el postulado marxista según el cual la economía organizaría la sociedad.

Sin embargo, si la economía depende de la división entre los sexos ¿no es esa operación la que organiza la sociedad antes de la existencia de una economía basada en el trabajo? A esa organización, basada en la diferencia de sexos y no en el trabajo, está dedicado el análisis en *Totem y tabú* de Freud³. Allí señala su asombro por la constatación de que el horror al incesto hace ley universal y que en torno a las marcas operadas por el lenguaje, las sociedades se organizan gracias a la *diferenciación y exclusión* de ciertas hembras del campo del goce sexual de los machos. Son las hembras de su propio grupo, las que han recibido la misma marca como nombre. Dicho de otra manera, la organización social está dada por una forma particular de exclusión de ciertos apareamientos que definen las relaciones incestuosas en un grupo dado. Como es conocido desde los trabajos antropológicos de Lévi-Strauss, el argumento de la consanguinidad sólo vale para Occidente, pues los pa-

rentescos están establecidos de muy diferentes maneras en otras culturas, donde es igualmente válida la prohibición del incesto⁴.

La exclusión en tanto efecto del lenguaje es, pues, un principio de organización desde los albores mismos de la humanidad. No es posible entonces excluir la exclusión. Esto implica desde el comienzo un "no todos", un principio de separación establecido por el lenguaje que habita las sociedades humanas como fundamento de su organización. Principio que anuncia las diferencias entre los hombres, y la primera de ellas, la diferencia sexual, se caracteriza por una diferencia y una exclusión que pesa sobre el goce sexual antes que nada. Eso es lo que Freud y también Engels encuentran desde el origen de la civilización.

SUGESTIÓN Y LIBIDO

Pero si bien desde entonces puede entenderse la primacía del significante en la vida de los seres parlantes, la experiencia de los hombres no está constituida sólo de lenguaje. También los impulsos más primarios han contribuido a afianzar la organización social.

De sus estudios sobre la psicología colectiva, Freud decanta la existencia de dos tipos de estructura psicológica:

- 1) La del líder: fanático, egoísta, libre e incapaz de amar a otros, condiciones que le dan un poder magnético ("maná" de los caciques que hace peligroso su contacto) y lo hacen apto para conducir a los demás por los caminos de sus propios deseos.
- 2) La de los individuos de la masa: dependientes, dispuestos a obedecer y limitados en sus iniciativas, en tanto necesitados de seguridad y aprobación.

Las masas, pues, están constituidas de la misma manera que las hordas, y el estudio de Freud cobra actualidad frente al muy reciente resurgimiento de las corrientes políticas de derecha extrema, cuando dice:

El conductor de la masa sigue siendo el temido padre primordial; la masa quiere ser gobernada por un poder irrestricto, tiene un ansia extrema de autoridad; según la expresión de Le Bon: sed de sometimiento. El padre primordial es el ideal de la masa, que gobierna al Yo en remplazo del Ideal del Yo. [Y agrega] ... en cuanto a la sugestión, le cabe esta definición: es un convencimiento que no se basa en la percepción, ni en el trabajo de pensamiento, sino en la ligazón erótica⁵.

A esos dos tipos psicológicos se enlazan las dos fuerzas que mantienen unida una masa:

- 1) La sugestión es el lazo que une a cada individuo al lugar del líder, en tanto éste toma la posición del objeto que representa el ideal. Ese lugar puede estar ocupado por un sujeto específico o por aquel que detenta ese discurso ideal, el Corán,

las Sagradas

² Véanse Federico Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, y Carlos Marx, Federico Engels, *Obras escogidas*, t. III, Moscú: Editorial Progreso, 1974, págs. 66-79.

³ Sigmund Freud, *Totem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos* (1913), *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1980, págs. 1-164.

⁴ Claude Lévi-Strauss, *Las estructuras elementales de parentesco y Le totémisme aujourd'hui*. Su obra verifica que los lazos de parentesco son otorgados como marcas de lenguaje y no por argumentos biológicos o de conservación.

⁵ Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del Yo*, *Obras completas*, op. cit., vol. XVIII, 1921, págs. 119-120.

las Sagradas Escrituras, el Manifiesto Comunista, etc.; en suma, se trata de un discurso, un semblante del Yo Ideal. Una masa se mantiene unida en tanto todos los individuos ponen como semblante un solo y mismo objeto.

- 2) Las identificaciones son los lazos entre los individuos de la masa, generados por la ilusión de que cada uno se encuentra en las mismas condiciones respecto al Ideal, y por tanto son iguales ante él.

Así, el empuje a la exclusión descrito por Freud en su *Psicología de las masas y análisis del Yo*, está en el origen de cualquier espíritu de cuerpo o "instinto gregario" en los hombres, del cual dice lo siguiente:

...éste se forma únicamente cuando los niños son muchos en la misma casa, y a partir de su relación con los padres; y se forma en realidad como reacción frente a la envidia incipiente con que el niño mayor recibe al más pequeño. Aquel, por celos, querría sin duda *desalojar* al recién llegado, mantenerlo lejos de los padres (de su amor)⁶ y *expropiarle* todos sus derechos, pero en vista de que este niño es *amado por los padres de igual modo*, y por la *imposibilidad* de perseverar en su actitud hostil sin perjudicarse, es compelido a *identificarse* con los otros niños, y así se forma en la cuadrilla infantil un sentimiento de masa o de comunidad, que después, en la escuela, halla su ulterior desarrollo⁷.

Freud nos enseña aquí varios elementos que articulan al sujeto con el colectivo y con el empuje a la exclusión.

- 1) El empuje a la exclusión parte, desde la infancia, de las demandas de satisfacción hacia aquellos que representan en su medio el poder, el amor, la protección: los padres.
- 2) Asegurarse un lugar frente a esos objetos de satisfacción es factor que motiva el empuje a desplazar a los otros, que podrían privarle de su lugar. Un lugar por otro.
- 3) Ese impulso es susceptible de transformación a condición de que se le imposibilite su satisfacción, que el Ideal lo prohíba y dé a cambio una satisfacción identificatoria.
- 4) El empuje de exclusión lleva a la identificación con el otro a partir de la certeza de ser reconocido y admitido con el mismo amor ante la instancia de autoridad, los padres en el caso de los hijos. Instancia que en la sociedad puede extrapolarse a la justicia.
- 5) La transformación de dicho empuje a la exclusión que son los celos, en identificación, da como resultado la cohesión colectiva.

El semblante es el punto de anclaje para la constitución del colectivo, ya que los celos le están referidos, y ellos son el motor de la producción de las identificaciones. Si se destituye al semblante, el lazo que une a los individuos se disuelve, mostrando que "lo colectivo no es nada sino el sujeto de lo individual"⁸.

EXCLUSIÓN E INCONSCIENTE

Una de las primeras observaciones clínicas durante el estudio de los síntomas histéricos que tanto inquietaban a los médicos en tiempos de Freud, fue constatar que tales síntomas representaban elementos de una parte de la historia del paciente; esta historia sin embargo, no aparecía accesible en la memoria y para su revelación era preciso recurrir al método hipnótico de Charcot⁹, método que pronto abandonó Freud al constituir su primera tópica, según la cual el aparato psíquico estaría escindido en compartimentos: conciencia, preconsciente e inconsciente.

Tal construcción solucionó el dilema que planteaba constatar que las vivencias dolorosas excluidas de la conciencia de un paciente producían efectos en el sujeto. La comprobación podía hacerse apelando a despertar la memoria de eventos colaterales, aparentemente sin importancia frente al origen de los padecimientos. Los síntomas aparecen entonces como marcas en el cuerpo, marcas susceptibles de transformación una vez traducidas a palabras, una vez incorporadas a la conciencia como partes de una historia de donde fueron primitivamente desalojadas a consecuencia de lo insoportables y dolorosas que resultaban para el paciente. A esta forma de convocación de la memoria, una de las pacientes de Freud la llamó la *talking cure*. Su objetivo era el levantamiento del desalojo inicial. Esa exclusión de un recuerdo doloroso de la memoria fue definida por Freud como el mecanismo psíquico de la "represión".

Así, desde el inicio de sus observaciones, Freud ubica en el sujeto un "esfuerzo de desalojo" efectuado ante los acontecimientos que le resultan displacenteros. Los acontecimientos son desalojados del campo de las representaciones del sujeto. Es decir, que si bien la experiencia vivida no deja de hacer mella y producir consecuencias en el cuerpo, no adquiere la característica de ser "pensable" para el sujeto. Estos contenidos reprimidos, además de lo jamás realizado, constituyen el inconsciente, como el espacio de lo "inconcebible" para el sujeto. De esta forma la exclusión originaria se revela como el punto pivote de la operación constitutiva del sujeto del inconsciente.

LA EXCLUSIÓN COMO AFIRMACIÓN DE LO RECHAZADO

Ya en 1925, Freud escribe un artículo¹⁰ destinado a los analistas en formación, para superar las dificultades que plantea el acceso al material inconsciente de los pacientes. En ese texto, describe la estructuración del *juicio como función rectora de las acciones*. Freud parte de analizar las frases negativas de sus pacientes, preguntándose qué quiere decir el surgimiento de una representación tachada por la antepo-

⁶ Nota del autor: El contenido del paréntesis y los destacados son míos.

⁷ Sigmund Freud, *op. cit.*, págs. 113-114.

⁸ Jacques Lacan, *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma. Escritos 1*, Barcelona: Siglo XXI editores, 1984, pág. 203.

⁹ En el volumen I de las *Obras completas* de Freud pueden consultarse varios artículos sobre hipnosis, el prólogo a las *Leçons sur les maladies du système nerveux*, de Charcot, y otros textos en los que Freud halló fundamento para situar una instancia donde se encontrarían los recuerdos desalojados de la memoria del paciente, instancia separada y diferente en su naturaleza a la conciencia.

¹⁰ Sigmund Freud, "La negación", de 1925, es el segundo de tres artículos que Freud concibió como consejos al médico sobre técnica clínica. *Obras completas, op. cit.*, vol. 19.

sición de una negación, tal como: “no soy celoso” o “no intento desalojar a mi hermano”, etc. Freud nos asegura que en tal situación lo crucial es la representación surgida y que podemos hacer caso omiso de la negativa; lo explica de la siguiente manera: “La función del juicio tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad”¹¹. Con ello aísla dos instancias del juicio: la primera o *juicio de atribución* y la segunda o *juicio de existencia*.

El texto recuerda que durante las primeras etapas de la vida debió realizarse una primitiva forma de organización del yo del sujeto, hecha a partir de ordenar los elementos del mundo en dos compartimentos: afuera y adentro. Bajo el principio del placer, el sujeto incorporará en el yo todo lo placiente, mientras que desalojará de sí todo lo displacentero (la presencia de un competidor, por ejemplo), incluso las sensaciones interiores de hambre o frío ocuparían el compartimento del “no-yo”, del afuera rechazado. Sin embargo, el yo-placer-inicial, como lo llama Freud, no puede permanecer así ante las exigencias concretas de la realidad objetiva, las cuales colaboran en la constitución secundaria del yo-realidad.

Más eficiente ante los peligros objetivos, el yo-realidad acepta que las representaciones provienen de las percepciones, y que por más displacentera que sea una representación tiene ya por ese origen un crédito de realidad. Si el *juicio es la función rectora de las acciones*, una mayor adecuación del juicio a la realidad objetiva aseguraría mejor la supervivencia del sujeto, y esto supone la necesidad de pasar del *juicio de atribución* que sólo admite lo agradable, al *juicio de existencia* que sanciona la pre-

sencia real de lo que disgusta. La prueba de existencia consiste pues en que lo hallado en una representación interior es reencontrado en la realidad. “El pensamiento —dice Freud— es la capacidad de volver a hacer presente”, es el reencuentro del objeto. Y añade: “juzgar es la acción intelectual que *elige la acción motriz*, pone fin a la dilación del pensamiento mismo y conduce del pensar al actuar”¹².

Cuando Lacan decanta la estructura del discurso, nos pone frente a algo que no sólo se compone de palabra, sino que incluye al cuerpo. El discurso es un aparato que no sólo es del orden del lenguaje, sino del orden de los cuerpos. Y creo que es algo que si bien no está explícito en este texto de Freud, se anuncia con la articulación que él hace entre juzgar como acción intelectual y la acción motriz elegida por ese juicio, que busca asegurar la satisfacción del sujeto, es decir, su goce. Encuentro allí un esbozo de lo que sería la elaboración de la estructura del discurso, hecha posteriormente por Lacan.

RACISMO EN EL SÍNTOMA Y RACISMO DE LOS DISCURSOS

En resumen, en el sujeto la constitución del yo establece dos instancias bajo el principio del placer: una placiente que el sujeto infantil admite como propia y que asimila como su yo, y otra displaciente, a la cual considera extraña y que expulsa de sí, como un no-yo, lo otro, independientemente de que el malestar provenga de sí, de su propio cuerpo¹³. La experiencia comprueba cómo esta parte segregada de sí, este punto de odio, es fundamento de todas las segregaciones ulteriores y constituye el espacio de la represión en el neurótico. La clínica freudiana observa que es esto lo

que



¹¹ Ibid.

¹² Nota de la autora: Los destacados son míos.

¹³ Las referencias de Freud al tema pueden encontrarse en varios lugares, pero hay un ordenamiento del proceso en el artículo llamado *La negación* de 1925.

que, rechazado del campo simbólico, retorna y produce sufrimiento en el sujeto. Esta estructuración constituye desde el inicio un sector de exclusión en su interior mismo. Un punto de rechazo, punto que el yo repudia como extranjero a pesar de que le pertenece. Desde esta parte de la estructura, se establecen relaciones de exclusión con todo aquello que venga a evocar ese punto de rechazo fundamental: lo radicalmente otro para el sujeto es paradójicamente lo más íntimo en él y que pugna por ser reconocido en las manifestaciones sintomáticas.

El sufrimiento que el sujeto experimenta con sus síntomas proviene del rechazo hacia lo monstruoso que lo habita; sufre del racismo ejercido contra su propia hibridación y mestizaje porque, en razón de la constitución del yo, el sujeto no puede ser sino mestizo.

Sólo se tiene un cuerpo, y para que un sujeto goce de su cuerpo necesita el cuerpo del otro, requiere otro cuerpo para gozar del suyo. Ahora bien, el discurso funciona como ordenador de cuerpos, hace una regulación de los goces; es por eso que el discurso es lazo social. En la historia han existido discursos que ordenan los cuerpos de hombres y mujeres para tratar de regular sus relaciones, es decir, discursos que se han interesado por regular las relaciones de amor. Un ejemplo de ello es la época del amor cortés. Pero en cada grupo humano, en tanto que existen lo que llamamos culturas diferentes —diversos ordenamientos de los cuerpos—, esa regulación del discurso hace costumbre y alcanza carácter de valor para el colectivo. Así, los goces regulados son aceptados como goces estándar, según nos lo decía Colette Soler. Esas diferencias entre lo que excluye cada discurso, en cada grupo humano, con goces estándar, con costumbres diferentes, es lo que explica el racismo de los discursos, su intolerancia. La intolerancia de los discursos se explica entonces por goces que se institucionalizan como ideales culturales que tienden a la normalización, esto es, excluyen los goces diferentes. Cuando una normalización del goce no tolera otra norma de goce, aparece el racismo.

La fuerza homogeneizante del discurso capitalista, al cual no interesa nada que no sea el consumo y el discurso de la normalidad que promueve la ciencia, explica el auge de las corrientes racistas en nuestro tiempo y, por la misma vía, las acciones de segregación y eliminación.

ÉXODO Y DESPLAZAMIENTO

Comentemos las citas que hice al iniciar el texto, donde Lacan decía que los éxodos constituyen la historia. Ahora, con lo que acabamos de agregar podemos constatar que lo que la historia, en tanto ciencia explica, son

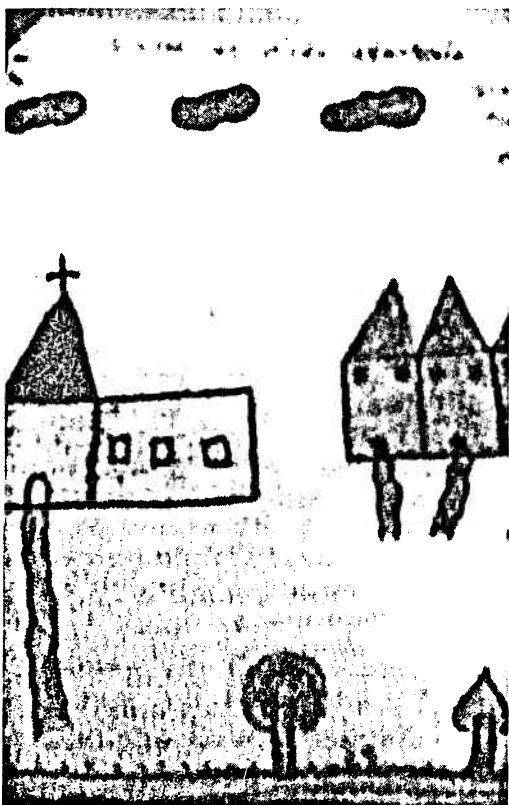
los efectos de exclusión de los discursos, lo que ellos han segregado y la forma como lo han hecho, los diversos ordenamientos que han tenido los goces en cada momento, lo cual se concreta en diferentes lugares para los cuerpos, los agrupamientos y la separación de los mismos. Si la historia está del lado de los deportados, es porque son ellos quienes hacen objeción a la inercia propia de un orden y promueven otro.

Pero el significante éxodo, en la acepción que le otorga el Pentateuco es periplo de un pueblo guiado —durante largo tiempo— por algo que tiene menos que ver con la longevidad mítica de un revolucionario, personificado por Moisés, que con la distancia que separa el culto politeísta egipcio del monoteísmo de la fe israelita. El éxodo comporta un semblante necesario para la reunión de los sujetos, y en ese tiempo, la función la cumplió el discurso monoteísta, que tuvo tantos efectos que inauguró una nueva etapa de la historia.

En nuestro tiempo, en nuestra realidad, no hablamos de éxodo a pesar del crecido y creciente número de desplazados a causa de lo que la observación sociológica ha llamado “el desplazamiento gota a gota”, es decir, la huida aislada y subrepticia, de pequeños grupos, generalmente una familia o un puñado de ellas, que tratan de eludir la arremetida violenta. También aquí hay efecto de discurso y racismo de los discursos, pero a pesar de que la vida esté en juego para muchos, la caída de los semblantes, efecto del discurso actual, no hace de la movilización un proyecto colectivo; por eso no se trata de éxodos, sino de una nueva forma de desplazamiento.

A partir de lo que Freud aclara sobre la estructura del lazo social, podemos decir que el desplazamiento gota a gota designa la forma fragmentaria del éxodo producido por la caída de los semblantes propia del discurso postmoderno. Las consecuencias recaen sobre la etapa siguiente, es decir, sobre el nuevo asentamiento. Perdidos los referentes culturales anteriores, los sujetos deben encontrar la forma de construir de nuevo un espacio social para restablecerse frente al duelo, hallar sustitutos satisfactorios a los objetos perdidos, que van desde la vivienda, la tierra, los animales —que no sólo colaboraban en su sustento, sino que constituían verdaderos objetos de afecto—, hasta restituirse una forma de presencia en la comunidad que los acoge, es decir, lograr el reconocimiento social que implica un nuevo trabajo, unos derechos, un nombre entre los otros; en suma, el establecimiento de nuevas identificaciones que hagan posible la vida.

Si en el caso del éxodo israelita, por largo tiempo la tierra continuó siendo un problema sin solución definitiva, existían ciertas fuerzas centrípetas que mantenían al pueblo en cohe-



sión; el semblante representado en las escrituras del Antiguo Testamento les permitía permanecer constituidos como comunidad judía. Paradójicamente, luego del asentamiento, en el siglo XX, estas fuerzas no son tan evidentes. Ese hecho nos permite decir que el discurso tiene un efecto más importante que la posesión concreta de la tierra.

En el caso de los desplazados, a los cuales nada identifica ni aglutina en un colectivo, es la condición misma de exiliados lo que los afecta, pero no los nombra en el sentido de insertarlos, de integrarlos en el proyecto colectivo. Y es que ese proyecto tendría que incluir a toda la sociedad en tanto exige una nueva organización: un cambio de discurso. Si unos sujetos han sido desalojados de su lugar por la fuerza de la violencia, es decir por un tipo de goce no regulado, eso obliga a hacer un conjunto nuevo, contando tanto con los desplazados como con las comunidades receptoras.

Los desplazados, en lo simbólico, reúnen la condición general que hace posible ese conjunto, a saber: que todos los sujetos humanos son singulares y diversos, que no existe ninguno igual a otro. Eso implica que, en cualquier espacio, cada sujeto tendría que resolver el problema de hacer admitir esa singularidad por los otros sujetos, sus semejantes en la diferencia. Eso es el inverso de la supuesta "adaptabilidad" de los seres humanos a cualquier espacio, ya que si bien es increíble cómo algunos sujetos pueden ser capaces de hacerse un lugar en las condiciones más inhóspitas, también es increíble la dificultad de otros para soportar las condicio-

nes más favorables. Esto quiere decir que lo que importa es la dificultad que plantea la singularidad de goce del sujeto.

Por supuesto, son mayores las dificultades que impone una situación como la que actualmente viven los desplazados del país, pero no es ese análisis el que haremos en este espacio. Sólo diré que el sujeto desplazado parece quedar en ocasiones fijado a ese rasgo. El miedo producido por la amenaza a la vida favorece la interinidad de su estadía en un sitio; el rechazo que le produce ser tratado como un mendigo en las ciudades mientras sus bienes y realizaciones anteriores siguen abandonados; la rabia por la impotencia ante la agresión sufrida; la desilusión ante la no vigencia del Estado de derecho, etc., aplazan indefinidamente la asimilación de la pérdida y mantienen el resentimiento vivo, lo cual eterniza el duelo del pasado y obstaculiza una elaboración del presente y de otros proyectos a futuro.

NO FUTURO: GOCE INFANTIL Y GOCE DE LA MARCA

Siendo el consumo el único interés del discurso capitalista y el sometimiento de las fuerzas naturales el de la ciencia, su mensaje ("Todo es posible") tiene un corolario: el de la impunidad. Los argumentos de las ciencias y el lucro hacen rebatibles todos los postulados de ética y autoridad. Con la caída de los semblantes, no sólo caen los acuerdos necesarios para hacer viable la convivencia del colectivo, sino que acentúan la convicción de que el lugar de la autoridad está vacío y, por tanto, no existe una vía clara para que la fuerza de la sociedad útil para dirimir conflictos tome la vía del derecho. Impera pues la ley de la selva, la ley del más fuerte.

Desautorizados el derecho y las normas de convivencia, el camino hacia la sobrevivencia no encuentra fórmulas legítimas ni referentes simbólicos que permitan la reparación del traumatismo sufrido por el sujeto. Este estado de cosas facilita el recurso del sujeto a las transgresiones.

La primacía del uso privado de la fuerza se mezcla entonces con la tendencia a prevalecer en la posición infantil de los sujetos frente al goce. Esa posición está definida por Lacan¹⁴ cuando dice: "La esencia de la posición infantil es ignorar la muerte prefiriendo el juego, sin consentir aún un saber sobre su división y decidiendo en cambio dividir o atormentar al Otro, haciéndole soportar su falta de goce, su goce defectuoso, su vacío y haciéndolo responsable de ello".

Arriesgar la vida permanentemente supone ignorar la muerte, así lo testimonian algunos adolescentes ubicados en programas de reinserción cuando demandan ciertos privilegios y ponen condiciones de excepción

¹⁴ Jacques Lacan, *Discours de clôture des journées sur les psychoses de l'enfant*, octubre de 1967. (cita tomada de documento en reproducción mimeográfica).

social

social, so pena de retornar de nuevo a las armas. Su relación con el Otro social es de chantaje; dejan la responsabilidad de su propia muerte o de sus acciones al Otro. Esperan que sea ese Otro el que sufra y se esfuerce por colmarlos. Si mueren en combate, si su cuerpo sufre o inflinge sufrimiento es asunto del Otro; su cuerpo no les pertenece, sigue siendo del Otro. La lógica del kamikase testimonia una posición infantil frente al cuerpo, una identificación al objeto del goce del Otro.

Lacan decía que el sujeto es respuesta de lo real, y aunque ello vale para la historia singular y para las determinaciones que en los primeros años de la vida produce la acción del Otro de la crianza en un sujeto específico, ello no puede extrapolarse gratuitamente a lo social. Sin embargo, me pregunto si la historia de desalojo, orfandad y asesinato padecida por sujetos que hoy comandan la violencia que asesina y desaloja en Colombia, nos autoriza o no a suponer una repetición como retorno de un real imposible de simbolizar. Repetición de una imposibilidad de metaforizar en otro tipo de goce lo que se estableció en sus primeras experiencias. Intento entonces de gozar solamente de la marca, esto es, de hacer sufrir al otro lo que ellos padecieron.

La fuerza del discurso postmoderno en nuestro país incluye la caída de la norma que prohíbe atacar la vida; norma que —decía Colette Soler— es actualmente la única que es acatada en el mundo como reguladora de goce. No está permitido ni abusar del cuerpo del otro, ni matarlo. La vida es un valor en tanto está amenazada; de eso dan fe los desplazados. ¿Está en nuestro país, tan identificado el sujeto a los ideales del discurso de la sociedad de mercado, que el consumo tiene más valor que la vida? ¿Somos tan efectivamente postmodernos en Colombia?

Así pues, la reorganización, el cambio de discurso de nuestra sociedad, es una exigencia, y a pesar de que algunos sujetos —como los desplazados—, aparezcan como los afectados más directamente, el problema nos concierne a todos. Sólo que esa urgencia de reordenamiento, de cambio de lógica, ha venido a presentificarse, a imponerse visiblemente, concretamente, en el fenómeno del desplazamiento, como para que no quede duda ni posibilidad de evasión ante el problema. No parece un azar que hoy sean las grandes ciudades como Bogotá las más afectadas por la crisis social que produce el desplazamiento. Tradicionalmente ciegos para los horrores ocurridos en provincia, los centros administrativos y comerciales, los núcleos de alojamiento del capitalismo aparecen hoy amenazados por la presencia de indeseables que nunca han reconocido.

La lógica totalizante del discurso actual no puede tolerar la falla, pues su objetivo princi-

pal es eliminarla; pero eso que pretende excluir, le está ligado estructuralmente: es su ineliminable punto de mestizaje, correlato de su presencia. Así como Marx unió el destino del capitalista al del proletario, el destino del sistema Internet, por ejemplo, es ser parasitado por los virus cibernéticos.

DEL ÉXODO AL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Como lo hemos desarrollado, la exclusión tiene diversas funciones, incluida la de salvaguardar la vida o buscar mejores condiciones para desarrollarla. Es el caso de los desplazados que huyen de la violencia o el de las comunidades indígenas, que se cierran y confinan internamente, porque de no hacerlo sucumbirían al devastador embate de la modernidad. Pero existen claras diferencias entre los desplazados y los pueblos amerindios o los israelitas. El éxodo supone, como en el caso hebreo, que *un pueblo se marcha con su música a otra parte*. En los dos desplazamientos que ocasiona la modernidad, el asunto es diferente: el refugio en los propios referentes culturales culmina al fin en la extinción, como lo profetizó el jefe Seattle¹⁵. *Su música, la de su pueblo, la tribu Duwamish, sonó hasta agotarse*. En cuanto a los desplazados, habríamos de preguntar: *¿cuál música?*

Quiero decir con eso que el discurso moderno aspira a la reducción radical de las identificaciones. Hoy, en una aduana por ejemplo, cada cual se reduce a ser colombiano, alemán o chino, sin interesar el resto de las cosas que identifique a cada cual con su historia. Esa reducción a una sola característica es lo que crea el campo de concentración. En el caso de los desplazados, por ejemplo, todo se reduce a ese mote, y sólo desmarcarse de él e insertarse en lo social puede liberar a cada sujeto. Lo que constituye el campo de concentración es ese único rasgo clasificatorio que desconoce al sujeto, que funciona como cifra. La exclusión empieza entonces a operar ya no como reagrupamiento, porque con el reordenamiento es posible aún la interlocución, el intercambio, sino como segregación.

¿Y cuál sería la condición de la exclusión como segregación? El odio está definido por la desatribución de saber al otro. El segregado está separado y excluido porque se considera que su saber no importa, no es nada, y por tanto no tiene el valor que lo haría apto para el intercambio. Por eso en el campo de concentración no valen las demás identificaciones; basta ser judío, árabe, colombiano, negro, indio o mujer, para que lo demás no cuente. Es la lógica del número, propia del discurso de la ciencia que sirve a la contabilidad del consumo.

Desde esa perspectiva, no hay desertores que se salven solos, tampoco masificados. La deserción de esta lógica discursiva es imprescindible jugarla con los otros, y tal vez esa condición sea una buena acepción de eso que hoy llamamos mundialización π

¹⁵ Me refiero al jefe Seattle, pielroja desalojado de sus tierras durante el siglo XIX por el Estado norteamericano y confinado con su pueblo a ocupar una reserva hasta la extinción de la comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario de la lengua española, Barcelona: Aristos, Editorial Ramón Sopena, 1989.

Freud, Sigmund, *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1980.

—, *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*, vol. XIII, 1913, págs. 1-164.

—, *Psicología de las masas y análisis del Yo*, vol. XVIII, 1921, págs. 113-114 y 119-120.

—, "La negación", vol. XIX, 1925, pág. 249 y sgs.

Lacan, Jacques, "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma", en *Escritos 1*, Barcelona: Siglo XXI editores, 1984, págs. 187-203.

—, "Discours de clôture des journées sur les psychoses de l'enfant", octubre de 1967, en reproducción mimeografiada.

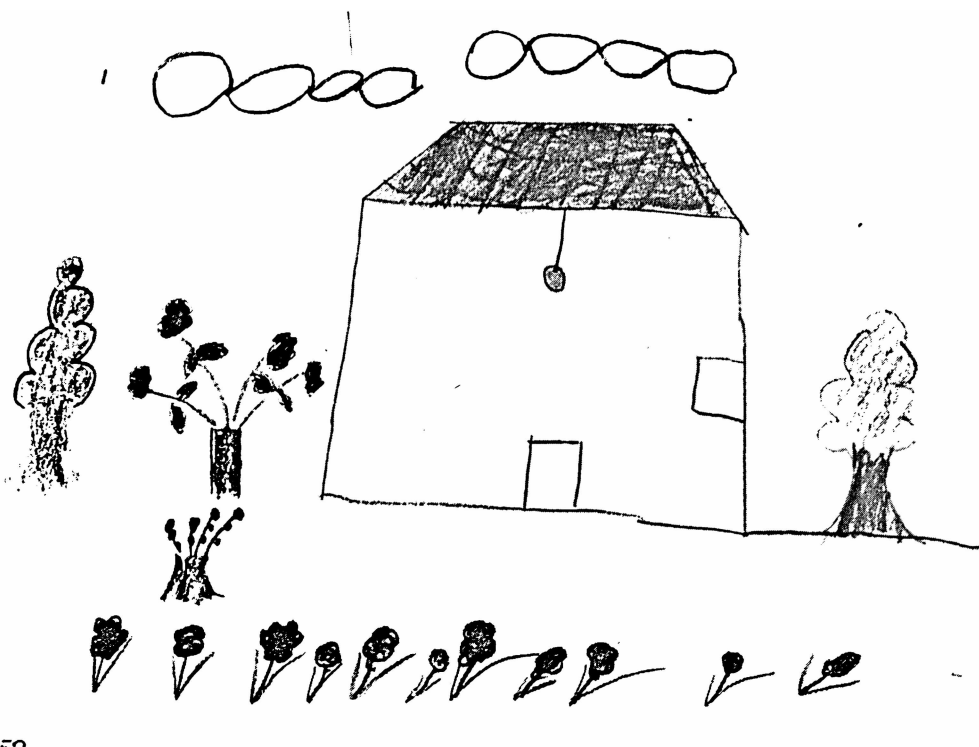
Lévi-Strauss, Claude, *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires: Paidós Studio/Básica, 1981

—, "Le totémisme aujourd'hui", Chapitre II: Le nominalisme Australien, París: Presses Universitaires de France, 1985, págs. 50-84.

Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, t. III, Moscu, Editorial Progreso, 1974, págs. 66-79.

Soler, Colette, *El padre síntoma*, Medellín: Foros del Campo Lacaniano, 2001, pág. 21.

—, "El cuerpo: acontecimiento de discurso", no publicado. Apuntes de la conferencia dictada en la Universidad Javeriana, el 23 de abril de 2002.



Nina 7 057